

*“Biblioteca Americana”:
la utopía del archivo continental*

Marcela Croce
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

ABSTRACT

The publishing house Fondo de Cultura Económica convoked in 1946 Pedro Henríquez Ureña to direct “Biblioteca Americana”, a collection that could wheel out part of the file used in his previous books and also could disseminate the classic and modern continental literature. The director's death just traced the plan left the partial execution in the hands of his sister Camila. This article explores the relationship between file, cultural memory and library and links the enterprises dedicated to disclose Latin American literature, establishing the relevant intellectual relations.

Keywords: Archive; Library; Cultural Memory; Hispanic Literature; Genres

La editorial Fondo de Cultura Económica convocó en 1945 a Pedro Henríquez Ureña para dirigir la “Biblioteca Americana”, colección que desempolvaría parte del archivo utilizado en sus libros previos y difundiría asimismo clásicos y modernos de la literatura continental. La muerte del director apenas trazado el plan dejó la ejecución parcial en manos de su hermana Camila. Este artículo indaga la relación entre archivo, memoria cultural y biblioteca y vincula los emprendimientos dedicados a dar a conocer la literatura latinoamericana, estableciendo las correspondientes relaciones intelectuales.

Palabras claves: Archivo; Biblioteca; Memoria cultural; Literatura hispanoamericana; Géneros

Archivo y exilio

Un año antes de morir en 1946, Pedro Henríquez Ureña recibió una oferta que no podía rechazar. La propuesta entroncaba con los intereses críticos cuyo desarrollo partía de los escrutinios iniciales en la República Dominicana natal – bajo la impronta de Eugenio María de Hostos, organizador de la Escuela Normal donde estudió con sus hermanos Max y Camila – y continuaba en los escarceos juveniles del Ateneo de México antes de derivar en las investigaciones mayores que se plasmaron en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*¹. El plan consistía en organizar y dirigir una colección de libros representativos de la literatura hispanoamericana para la editorial Fondo de Cultura Económica. Don Pedro estaba entonces en Buenos Aires, abocado a una cátedra en un colegio superior de la Universidad de La Plata y a la formación de discípulos en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, donde su condición de desterrado coincidía con la del exiliado español Amado Alonso y, en un instituto vecino, con la del historiador Claudio Sánchez-Albornoz.

Otros intelectuales peninsulares habían recalado en México: José Ferrater Mora, José Gaos, Eugenio Ímaz y María Zambrano (Abellán, 1998), además de Wenceslao Roces. Gaos y Roces fueron traductores de filosofía alemana para Fondo de Cultura Económica, tras instalarse en el Distrito Federal merced a la apertura que representó para los expatriados españoles – y para refugiados diversos, como testimonia el caso de Trotsky – el gobierno de Lázaro Cárdenas. A ellos corresponden las versiones respectivas de *Ser y tiempo* de Martin Heidegger y de la *Fenomenología del espíritu* de Georg Hegel. Ímaz, por su parte, vertió al español una obra clave de la escuela filológica germánica, *Mímesis* de Erich Auerbach, un lustro antes de que el mexicano Antonio Alatorre hiciera lo propio con *Literatura europea y Edad Media latina* de Ernst Robert Curtius, en colaboración con su esposa Margit Frenk.

En la escuela filológica alemana que modeló los estudios de los españoles se había formado en forma casi autodidacta Henríquez Ureña, y aunque el trazado de vínculos entre los nombres mencionados no siempre es evidente, ciertos datos permiten suponer una fluidez de relaciones que excede lo que la correspondencia y otros documentos pueden certificar. Así, Ferrater Mora orientó la tesis doctoral de Ana María Barrenechea en el Bryn Mawr College, que en la edición del Colegio de México se titula *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges* (1957) y aparece dedicada a los maestros de la doctoranda, Alonso y Henríquez Ureña (quienes la habían convocado a trabajar en el Instituto de Filología a fines de los años 30). Margit Frenk había sido becaria del Bryn Mawr College varios años antes de la estadía de Barrenechea, quien a su regreso a la Argentina dirigió durante más de dos décadas el Instituto de la UBA que hoy lleva el nombre de Alonso, donde se desempeñaba también otro filólogo vinculado con los traductores de Curtius, Raimundo Lida.

Tales enlaces volvían ineludible la concepción y ejecución del proyecto de Fondo de Cultura Económica entre México, sede de la editorial, y Buenos Aires, residencia final de Henríquez Ureña. Pero no se trataba exclusivamente de un emprendimiento en dos ciudades sino de una propuesta triangular cuyo tercer

¹ El libro, publicado originalmente en 1949, es la traducción realizada por Joaquín Díez-Canedo de *Literary Currents in Hispanic America* (1945). A su vez, ese texto era el resultado de las conferencias dictadas por Henríquez Ureña en la cátedra Charles Norton de la Universidad de Harvard en 1940-1941.

vértice lo ocupaba Venezuela. De allí proviene el nombre de la “Biblioteca Americana”, tributo al empeño con que Andrés Bello estableció la existencia de una literatura independiente cuyo programa y temática había expuesto en forma poética en las *Silvas Americanas*². Y adelantando la descendencia que tendrá la empresa que Henríquez Ureña alcanzó a delinear aunque no logró atisbar siquiera la primera de sus concreciones (el volumen inaugural, el *Popol Vuh*, salió de imprenta cuando don Pedro ya había fallecido), de la misma Caracas en que Bello postuló la necesidad de sistematizar la literatura de los pueblos al sur del río Bravo provino el impulso de la Biblioteca Ayacucho ideada por Ángel Rama en el momento del sesquicentenario de la batalla en que el mariscal Antonio José de Sucre confirmó la independencia de Hispanoamérica (Croce, 2013)³.

Tanto Henríquez Ureña como Rama estaban en condición de exiliados al momento de organizar sus respectivas colecciones. El dominicano había salido de la isla en 1916, cuando un golpe de Estado fraguado por Washington destituyó a su padre de la presidencia de la República. El uruguayo estaba trabajando en Venezuela cuando en 1973 Juan María Bordaberry disolvió el Congreso para dar paso a un régimen que en breve sería copado por los militares. No es descabellado, en virtud de la acumulación de ejemplos, sospechar que la confección del archivo literario está estrechamente vinculada con la expatriación. Así lo advierte ya la instalación de Auerbach en Estambul, en una zona próxima a aquella de donde se supone que provino Homero y, en consecuencia, la literatura occidental. *Mímesis* es un libro escrito de memoria por un sujeto de una erudición y una perceptividad extraordinarias, emigrado de la Alemania nazi. Resulta conmovedor leer la nota con que en el capítulo “La mansión de La Mole” se disculpa por desconocer el idioma ruso, alcanzando apenas una mínima aproximación a la literatura de ese origen, sobre todo por proceder de alguien que en los cientos de páginas de tan monumental esfuerzo de preservación de una cultura amenazada, ha leído en griego clásico las epopeyas, en hebreo la Biblia, en castellano antiguo los autos sacramentales, en inglés isabelino el teatro de Shakespeare, en latín todas las inscripciones intercaladas en las obras que cita, y así sucesivamente hasta llegar a la contemporaneidad estricta. Lejos de ser un obstáculo para el filólogo, la ausencia de textos – no ya de ediciones anotadas, lo que hubiera sido una exquisitez mayúscula – es un acicate para la memoria. La posibilidad de que el nazismo liquide esa cultura occidental, a la cual *La Odisea* y la Biblia proveen sus principios de representación, convoca la necesidad imperiosa de conservarla, y el modo en que un filólogo puede hacerlo es mediante la sucesión de textos. Su colega y compatriota Leo Spitzer, fascinado con los criterios exclusivamente lingüísticos para establecer una historia literaria, había propuesto desarrollarla a partir de los “estados de lengua” manifestados por cada obra (Spitzer, 1970); Auerbach, urgido por la tarea de preservación, impone el orden de las obras

² La *Biblioteca Americana* es considerada la consagración de la independencia literaria de Hispanoamérica, un año antes de que la batalla de Ayacucho consolidara la independencia política. Así lo admite la propia presidencia de Venezuela en 1973, al editar en forma facsimilar el *Repertorio Americano* organizado también por Bello.

³ El primer proyecto de una Biblioteca Ayacucho fue obra de Rufino Blanco Fombona, figura cuya influencia sobre Rama se verifica no exclusivamente en la elección del mismo nombre para su colección sino también en la repercusión que los diarios íntimos del venezolano tienen en el *Diario 1974-1983* del uruguayo (Rama, 2008).

representativas según la selección operada por una sensibilidad inquieta más que por un especialista consagrado.

La Segunda Guerra Mundial es paradójicamente la impulsora de los trabajos de Henríquez Ureña y de Auerbach. Si *Mímesis* procura conjurar la destrucción de una cultura que instala en Grecia su origen y en Europa su culminación, Henríquez Ureña aspira a establecer el acervo escriturario de la América Hispánica cuando el final de la circunstancia bélica coloca a Estados Unidos en posición de amenaza no sólo sobre una Centroamérica siempre vilipendiada y sometida como *patio trasero* del imperio, sino también sobre los países a los que convirtió en aliados durante la contienda (México, Brasil) y sobre aquellos que se resistieron a su hegemonía, ya sea por una convicción neutral o porque apostaron al otro bando en el conflicto. La persistencia de la ominosa Doctrina Monroe que dictaminaba que todo el continente era para los norteamericanos seguía repartiendo su oprobio sobre los países latinos. En ese sentido, el emprendimiento de Henríquez Ureña se enrola en la descendencia de José Martí, especificando la “Biblioteca Americana” como biblioteca de “nuestra América” (“las obras de los autores nacidos en nuestra América”, Henríquez Ureña, 1946, p. 4), no menos que en la de Rubén Darío, militante de la región “que aún reza a Jesucristo y aún habla en español” (*Prosas Profanas*, 1896).

A la función conservadora del emotivo repertorio de la memoria auerbachiana le corresponde en los mismos años el papel belicoso asumido tanto por Henríquez Ureña como por la editorial que pretende “combatir con la publicación de esta *Biblioteca* un mal antiguo y grave: el desconocimiento de los valores de la América hispánica” (*ivi*, p.1). La aparente extravagancia de tal propósito es que la intención combativa no adquiere un tono de manifiesto ni queda asistida por la ofuscación del soldado, sino que se ajusta a la entonación erudita que era previsible de un estudioso como don Pedro y de un discurso entrenado en la cátedra universitaria. Un tono mucho más coloquial es el que trasunta el ejercicio contemporáneo de Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana* (1944). La dedicatoria a Alfonso Reyes coloca el texto en la misma serie de preocupaciones americanas que tanto eco encontraron en el plan editorial de Fondo de Cultura Económica, una sociedad del Estado surgida durante el cardenismo en México.

Picón Salas, también profesor en universidades norteamericanas – como Columbia y Massachussets –, se resiste a una práctica tan típica de la academia que sospecha poco apta para los ejercicios latinoamericanos al tiempo que escasamente útil para manifestar el “alma criolla” que orienta todo su estudio y que en el capítulo III prefigura directamente a Ángel Rama a partir de un título como “De lo europeo a lo mestizo. Las primeras formas de transculturación”, dando resonancia a la antropología del cubano Fernando Ortiz⁴. *De la conquista a la independencia* inscribe una precaución respecto del academicismo atribuyendo a la seguridad y a la densidad del medio universitario norteamericano “la proliferación erudita que, por agotar las referencias documentales, elude el lado humano y sensible de todo buen estudio” (Picón Salas, 1946, p. 9). En esos espacios de elaboración de hipótesis es menester ejercer la “revisión y cambio de métodos” (*ivi*, p. 11) aunque sobre la base común establecida por Henríquez

⁴ El concepto aparece por primera vez en la obra de Ortiz *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (La Habana, J. Montero, 1940).

Ureña en “La utopía de América” (1925): la lengua sostiene la esperanza y es soporte y garantía del mundo hispanoamericano.

Además, ambos elaboran sus respectivos sistemas de lectura fundamentalmente a través de textos, de inscripciones gráficas (aunque Picón Salas no desdeña la cerámica de Tiahuanaco en la que descubre anticipos surrealistas y Henríquez Ureña afirma que las mayores obras del barroco americano son monumentos, específicamente iglesias). Jacques Derrida remarca que el archivo comporta “el almacenamiento de las ‘impresiones’ y el cifrado de las inscripciones”, pero luego del filtro que implican “la censura y la represión, la supresión y la lectura de los registros” (Derrida, 1997, p. 15). Reacio al archivo por renuencia a la erudición que se ampara en él, Picón Salas cumple un recorrido conversado por trescientos años de cultura latinoamericana. Proclive a la biblioteca por un afán ordenancista, Henríquez Ureña también descarta el archivo como acumulación y ejerce una selección amplia que ilustra los criterios de organización del listado.

El orden de la biblioteca

Los fundamentos de la “Biblioteca Americana” sólo se pueden conocer a través de la síntesis dispuesta por Camila Henríquez Ureña cuando heredó el proyecto de su hermano. Allí establece que el emprendimiento es la *summa americana* en que confluye la producción literaria tanto de la zona española como de la portuguesa (Henríquez Ureña, 1946, p. 3). Como en *Las corrientes literarias en la América hispánica*, lo hispano engloba a Portugal y los principios de selección son múltiples, articulando la cronología con la representatividad nacional – o, más ampliamente, la relevancia virreinal o regional, como ocurre con los textos sobre México y Perú – y el muestrario de géneros en cinco secciones que totalizan medio millar de títulos.

La función combativa de la colección de textos acude a una justificación de corte espiritual: así como Picón Salas se obstinaba en captar el “alma criolla” a través de su cultura, el objetivo de don Pedro abona la inauguración de Bello en tanto el intelectual venezolano fue “uno de los constructores espirituales de nuestra América” (*ivi*, p. 1). A causa de que el desconocimiento es un factor de desunión, para recomponer la unidad primitiva de la América hispánica – ya presupuesta en “La utopía de América” y fundamentada en la *comunidad lingüística* – se impone organizar la biblioteca como instrumento del conocimiento mutuo. El desdén de lo autóctono es una patología que corresponde reparar mediante la circulación de libros concebidos como “propagadores elocuentes de la cultura” (*ibidem*). La idea de los textos como propaladores de un espíritu supranacional es en verdad un juicio al tiempo que una esperanza sobre la función del intelectual americano en su rol de difusor espiritual. El ordenamiento elemental de cada sección responde a la sucesión alfabética, primero entre países y dentro de ellos entre autores, lo que revela el impacto de la parcelación nacional sobre la posible integración supranacional, sólo aplicada en el caso de América central (e incluso allí restringida al sector continental, mientras las islas adquieren una individualidad fundamentada en la cantidad y la calidad de sus producciones).

Contra la pura acumulación de esos archivos insustanciales que son los índices de las historias de la literatura, frecuentemente entregadas a una enumeración carente de criterio y pretenciosamente totalizadora, Henríquez

Ureña hace circular “textos fidedignos” (*ivi*, p. 2) que alivien al lector común del aparato crítico que exige la formación filológica del director de la Biblioteca pero que no fragüen en la facilidad del acceso una simplificación irremediable de sus conceptos. La apoyatura histórico-social, la amplitud de una mirada cultural que exceda la especialización erudita, exhibe la vocación americanista más allá del rigor metodológico de la filología.

Si este enfoque convoca el recurso al historicismo, aunque sin desdeñar “la sensibilidad del autor editado” (*ivi*, p. 7), también es posible encontrar en el mismo un elemento propio de la fenomenología contemporánea al proyecto de la “Biblioteca Americana”, como se desprende de la idea de “situar al autor y la obra” (*ibidem*) en el orden de la literatura hispanoamericana “considerada en su unidad” (*ibidem*). Dado que es imposible renunciar a la propia formación, se impone el perfil filológico del director, si bien atenuado, dedicado a establecer el texto, eliminando la sobresaturación que acarrea para un lector lego la edición anotada. De allí que la declaración inicial defienda “el cotejo con los originales o las ediciones más antiguas” (*ibidem*), labor que queda a cargo de especialistas en cada área.

El carácter inclusivo distingue a la “Biblioteca Americana”, la cual lejos de restringirse a las “obras maestras” se extiende hacia todas las que revisten “señalada significación histórica” (*ivi*, p. 3). Las series son lo suficientemente indefinidas en sus límites y flexibles en sus criterios como para abarcar géneros, regiones y textualidades extraliterarias. La colección, amparada en un archivo amplio que permite la edición prolija de las obras que la componen, tiende a conjurar el condicionamiento sobre el que alertará Derrida: el “carácter fragmentario y disperso” (*ivi*, pp. 6-7) que procuraron subsanar algunas historias de la literatura, por superficiales y apresuradas que fuesen.

Si los criterios de inclusión atañen a una variedad epocal, geográfica y genérica, el modo de agrupación relega el aspecto geográfico: literatura indígena, cronistas de Indias, literatura del período colonial, literatura moderna (con subdivisiones que contemplan la variedad de géneros) y viajeros. Este último recorte amerita una aclaración y reclama otra. La que provee el folleto de presentación de la colección establece que en este punto la voceada amplitud opta por el carácter “limitativo” que selecciona las obras “que puedan considerarse de interés perdurable” (*ivi*, p. 6); la que queda sobrentendida es la que atañe a la lengua en que fueron escritos los textos de viajeros, ya que algunos párrafos se ocupan de justificar los criterios de traducción, indispensables tanto para verter al español estas producciones como para abarcar la literatura indígena y la brasileña.

La presencia de Brasil implica una inauguración que el folleto de presentación recalca, reservándose el privilegio de “ser los primeros” (*ivi*, p. 8) en publicar traducciones de textos de esa procedencia. La “Biblioteca Americana” encuentra en este aspecto acaso su originalidad mayor, incluso forzando la idea de Hispanoamérica y resistiéndose al término Iberoamérica que sería más adecuado para designar el alcance del empeño. Cualquiera de ambas designaciones, no obstante, garantiza la exclusión del Caribe francés, sobre cuyo desinterés y, más aun, abierto desprecio, queda constancia en los *Ensayos* de Henríquez Ureña, quien resiente que la proximidad de República Dominicana

con Haití sea la razón de un desarrollo cultural acotado del sector hispánico de la isla por la inferioridad racial que adjudica a los habitantes de la zona occidental⁵.

En verdad, el afán inclusivo es puramente programático y no presuntuoso, ya que aislado de cualquier ínfula totalitaria admite no “haber agotado ningún género ni cubrir por completo ningún terreno” (*ibidem*, p. 8). El plan abierto a sugerencias y correcciones (*ivi*, p. 9) no vacila en enunciar ese aspecto negativo que constituye el agujero negro del archivo y el lamento de toda colección: “Muchos nombres y títulos son todavía en nuestras listas ausencias lamentables” (*ibidem*). Así de precaria es la constitución de la literatura latinoamericana en el siglo XX – la que aguarda ampliar su catálogo progresivamente a medida que los autores mueran y por ello “entren ya en el pasado histórico” (*ivi*, p. 4) –, desde el trazado original de Bello y los postulados entusiastas de Rodó. Pero el optimismo de la voluntad se topó con el pesimismo no ya de la razón sino del destino, y el extenso programa de Henríquez Ureña quedó reducido a unos escasos títulos publicados en homenaje a su memoria.

Plan de Series y Secciones

Aunque los fundamentos de la “Biblioteca Americana” estén mediados por Camila Henríquez Ureña, el Plan de Series de Secciones es el que trazó don Pedro cuando le fue encargada la colección, y no es arriesgado presumir que la exposición de la hermana repone con cierto orden los apuntes que el director dejó esbozados. Con un criterio tanto cronológico como respetuoso de los habitantes de América antes de la conquista, Henríquez Ureña coloca en primer término la literatura indígena y exime del sitio inaugural al *Diario del descubrimiento* de Cristóbal Colón que sigue siendo el punto de partida no solamente de algunas historias de la literatura hispanoamericana sino también de numerosos programas universitarios de la materia.

Dentro de las obras indoamericanas – aunque el término nunca es utilizado por el director –, la mayoría son producciones colectivas y anónimas. Este rasgo de la cultura precolombina distingue radicalmente la sección inicial de las siguientes, en las cuales los nombres de autores se inscriben con la vocación de *auctoritas* que favorecía la Edad Media. Si el primer texto local es el *Popol Vuh*, los *Libros del Chilam Balaam* tienen características similares y anticipan el anonimato de esa especie de fetiche indigenista que es el drama *Ollantay*. En medio de tales extremos temporales se suceden antologías proyectadas como colecciones: así ocurre con los “anales” de diversas culturas tanto como con los muestrarios de poesía azteca o quechua. Más justificación requerirían los autos religiosos en lenguas indígenas, dado que se trata de formas dramáticas europeas cuya función es adaptar la religión católica a las creencias locales en lo que constituye la primera forma de transculturación, absolutamente voluntaria y

⁵ La Biblioteca Ayacucho dirigida por Rama no sólo integra el Caribe francés (con un título como *Gobernadores del rocío* de Jacques Roumain) sino que engloba asimismo un territorio que sólo es posible considerar como parte de Hispanoamérica por la conquista española que sufrió y por cierta literatura escrita allí hasta comienzos del siglo XX (probablemente también por la codicia norteamericana sobre el archipiélago), como es Filipinas. Si bien geográficamente no pertenece a América, entre los primeros diez títulos de la colección iniciada en 1974 figura *Noli me tangere* de José Rizal, pese al subtítulo de “novela tagala” que no la adscribe precisamente al orden hispánico (Croce, 2013).

digitada desde el poder pero con vocación de establecer una equivalencia de deidades que favoreciera la implantación del cristianismo en América⁶.

Los cronistas de Indias ocupan la sección siguiente del proyecto, donde la primacía de Colón es inamovible. La novedad es que se integran los cronistas lusos (Pero Vaz de Caminha, Gabriel Soares de Sousa, Pero de Magalhães Gandavo, entre otros) y las ambiciosas “historias” que sobre la “Nueva España” escribieron religiosos como Fray Bartolomé de las Casas, Fray Toribio de Benavente (“Motolinía”) o Fray Bernardino de Sahagún, por insistir con los más notorios. Cerca del cierre de la lista se ubican dos autores que definen posturas diversas respecto del mestizaje y de su propia condición dual de indígenas y súbditos reales: Felipe Huamán Poma de Ayala y el Inca Garcilaso de la Vega⁷.

Tanto en este sector del programa general como en el siguiente – literatura colonial – se torna evidente que el listado compuesto por Henríquez Ureña ha sido una guía precisa para la organización de títulos que comprende la Biblioteca Ayacucho de 1974. Sin embargo, la colección de don Pedro no sólo es más amplia sino también más minuciosa. La presencia de Gregório de Mattos – un poeta bahiano apodado “Boca del infierno” por el modo en que se mofaba de sus contemporáneos y de ciertas prácticas de la alta sociedad nordestina –, especie de Quevedo tropical recortado sobre la práctica de las sátiras, es una rareza y demuestra la actualización permanente que mantenía Henríquez Ureña en vistas de que el escritor barroco había sido descubierto poco antes por la crítica brasileña. A su vez, los poetas de la Inconfidência Mineira son individualizados en sus libros respectivos en vez de quedar reunidos a través de la designación general de “Inconfidentes”, concediéndoles una multitud de ediciones que difícilmente fuera redituable para la editorial, cuyos intereses son atendidos por Camila Henríquez Ureña al punto de admitir cambios en el orden de publicación según las conveniencias mercantiles del Fondo de Cultura Económica⁸.

La sección de literatura moderna, como lo insinúa el folleto de presentación, efectúa el cierre en vísperas de la edición de la “Biblioteca Americana”, incorporando autores que se encuentran muertos al momento de iniciarse la publicación. El criterio, nunca explicitado, es el mismo que emplea Ricardo Rojas en el volumen “Los Modernos” de su *Historia de la literatura argentina* (1917-1921), aunque el fundador de la cátedra y del Instituto de Literatura Argentina de la Universidad de Buenos Aires añade otra precisión: deben estar muertos para ingresar en su nómina, no porque eso los absorba de inmediato en el “pasado histórico” como pretendía Camila Henríquez Ureña, sino porque todos los vivos formaban su círculo de amistades (Rojas, 1960).

En el apartado que les dedica don Pedro se perciben ciertas insuficiencias del método aplicado: así, el *Facundo* de Sarmiento se inscribe en la “Sección de historia y biografía”, acaso por el problema que acarrea el género *ensayo* – no menos que la biografía – en una organización regida por formas clásicas. El

⁶ Respecto de la función de los autos sacramentales en el caso de Brasil, es imprescindible la consulta del estudio de Alfredo Bosi “Anchieta o las flechas opuestas de lo sagrado” (Bosi, 2005, pp. 63-96).

⁷ Sobre las dualidades de estas dos figuras y el modo en que las mismas se inscriben en sus textos es de consulta ineludible *El sujeto dialógico* de Julio Ortega, donde el autor se ocupa de contraponer los discursos de la abundancia y de la carencia en la literatura latinoamericana (Ortega, 2010).

⁸ Rama es mucho más severo en sus juicios sobre los cálculos editoriales de Ayacucho, si bien tales comentarios no se vuelven manifiestos sino en las páginas de su diario personal.

Facundo hubiera hallado probablemente una mejor ubicación en la “Sección de pensamiento y acción”, donde la coordinación de sustantivos reconoce el carácter performativo del ensayo latinoamericano de la época de la independencia⁹. En este segmento consta asimismo un conjunto de obras del cubano Enrique José Varona quien, junto con Hostos y Martí, conforma el panteón de los “maestros de la juventud” que definieron la vocación americanista de Henríquez Ureña. Paradójicamente, la autobiografía sarmientina *Recuerdos de provincia* se alista en la “Sección de vida y ficción”, que no discrimina entre el relato magnificado de la vida propia que cumple Sarmiento y las ficcionales *Memorias de un sacristán* de Juan Agustín García, para no insistir en la proliferación de novelas que domina el recorte.

La nómina completa del plan se cierra con los viajeros, identificados con su práctica y señalados por la textualidad correspondiente, saltando los datos de nacionalidad y respetando apenas la cronología de sus trayectos (más que la de edición de sus obras). No se trata de los cronistas que salían del imperio español con intenciones diversas, aunque predominara la de hacer dinero en las tierras apropiadas de la Corona, sino de aquellos sujetos curiosos que recorrieron territorios inexplorados y sentaron las bases para un desarrollo científico en América. Baste recordar la autoridad que le confiere Euclides da Cunha en *Os sertões* (1902) a la descripción que hace el barón de Humboldt del Planalto brasileño – no menos que a la hipótesis de que se trata de un antiguo valle marítimo del que se retiraron las aguas – para confirmar el impacto de los viajeros en la literatura local. Acaso esta sección, la menos sistemática de la “Biblioteca Americana”, la más sujeta a la improvisación y dependiente de la subjetividad, la más acosada por el “mal de archivo”, sea la más acorde al plan de la colección y al propósito de operar como un listado para el desarrollo de una historia de la literatura continental. Porque un sistema literario no se define sólo por obras y autores sino por los vínculos que se establecen entre ellos, y es en la repercusión que tienen los viajeros sobre las textualidades latinoamericanas, en las ideas, en la circulación de hipótesis y en la historia intelectual donde se confirma que tales producciones forman parte de la región a la cual se refieren.

La “Biblioteca Americana” es probablemente el archivo más completo de obras hispanoamericanas hasta mediados del siglo XX. La circunstancia de que la Biblioteca Ayacucho haya recuperado buena parte de sus títulos tiende a confirmarlo, si bien recortando la selección de los siglos previos y ampliando la del XX. En un sentido semejante en lo que respecta a la época de las obras escogidas opera la Colección Archivos patrocinada por la UNESCO, con la particularidad de que la misma se encarga de ediciones filológicas en las que el establecimiento del texto es la labor primordial de cada volumen y el propósito final no es situar a la obra en un contexto de historia literaria sino reconstruir esa ficción que es el texto original (Lois, 2011, p. 79). Por lo tanto, en el caso de Archivos (que publica a los autores brasileños en portugués, requisito indeclinable del trabajo textual) importa menos la relevancia de la obra que la disponibilidad de versiones sucesivas o bien del material necesario para

⁹ Lo que resulta menos justificado en esta sección son las *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano. Disquisiciones filológicas* de Rufino José Cuervo, aunque no es excesivo especular que se trata de una preferencia de Henríquez Ureña por otro filólogo, una figura que emprendió una tarea tan titánica como la organización de la “Biblioteca Americana”: la de confeccionar un monumental *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, que previsiblemente quedó inconcluso a la muerte de su autor.

acometer el estudio genético. Otra forma del archivo se perfila aquí, la que a modo de palimpsesto busca los vestigios de una entelequia llamada “original” a través de las variantes de sucesivas “repeticiones, versiones, perversiones”, para decirlo con Borges. La conclusión es acaso obvia: allí donde el archivo es difuso, el impulso que genera es el de la organización de catálogos, colecciones, antologías, bibliotecas e incluso historias de la literatura; allí donde el archivo prolifera en documentos, habilita anexos y permite explicar variantes, el método más apto es el de la crítica genética. De allí que Archivos sea una colección restringida y la empresa de Henríquez Ureña postule una biblioteca amplia donde la representatividad de obras y autores exceda lo textual y sostenga la aventura espiritual de *la utopía de América*.

Bibliografía

- ABELLÁN, José Luis. *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*. México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- BELLO, Andrés. *El Repertorio Americano 1826-1827*. Caracas, Presidencia de la República, 1973.
- BELLO, Andrés - Juan GARCÍA DEL RÍO. *La Biblioteca Americana o Miscelánea de literatura, artes y ciencias*. Edición facsimilar de la publicación realizada en Londres, Imprenta de G. Marchand, 1823. Caracas, Presidencia de Venezuela, 1972.
- BOSI, Alfredo. *Cultura brasileña: una dialéctica de la colonización*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 2005.
- CROCE, Marcela. “Ángel Rama: la utopía destellando en un momento de peligro”, en CROCE, Marcela (ed.). *Latinoamericanismo. Canon, crítica y géneros culturales*. Buenos Aires, Corregidor, 2013 (pp. 127-162).
- DERRIDA, Jacques. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid, Trotta, 1997.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Camila. *Biblioteca Americana*. Folleto de presentación. México, Fondo de Cultura Económica, 1946.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Ensayos*. Edición crítica coordinada por José Luis Abellán y Ana María Barrenechea. Buenos Aires-Sudamericana, Colección Archivos, 2000.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- LOIS, Élide. “Edições críticas”, en SOUZA, Eneida Maria de - Wander MELO MIRANDA. *Crítica e Coleção*. Belo Horizonte, Editora UFMG, 2011. (pp 78-88).
- ORTEGA, Julio. *El sujeto dialógico. Negociaciones de la modernidad conflictiva*. México, Fondo de Cultura Económica-Cuadernos de la Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey, 2010.
- ORTIZ, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana, J. Montero, 1940.
- PICÓN SALAS, MARIANO. *De la conquista a la independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
- RAMA, Ángel. *Diario 1974-1983*. Buenos Aires, El Andariego, 2008.
- RAMA, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires, El Andariego, 2007.

ROJAS, Ricardo. *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires, Kraft, 1960 (9 volúmenes).

SPITZER, Leo. *Études de style*. Paris, Gallimard, 1970.

Marcela Croce: Doctora en Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeña como profesora de Problemas de Literatura Latinoamericana y de seminarios de Posgrado, además de dirigir un equipo de investigación. Sus últimos libros integran la serie *Latinoamericanismo: Historia intelectual de una geografía inestable* (Simurg, 2010), *Una utopía intelectual* (Simurg, 2011) y *Canon, crítica y géneros discursivos* (Corregidor, 2013).

Contacto: mcroce@filo.uba.ar

Recibido: 19/01/2013

Aceptado: 22/04/2013